EUGENIO DE CASTRO

EL Rey Galaor

POEMA DRAMATICO



Madrid, MCMXIII

A mi querido amigo
Tomás Borrás.

Con la admiración
y el afecto de
Juan González Anecilla

18-11-1913

s/c San Bartolomé, 6,
2º Dra

EUGENIO DE CASTRO

EL REY GALAOR

POEMA DRAMÁTICO

TRADUCCIÓN ESPAÑOLA

DE

JUAN GONZALEZ OLMEDILLA

MADRID
IMPRENTA ARTÍSTICA ESPAÑOLA
Calle de San Roque, núm. 7
1913

OBRAS DE EUGENIO DE-CASTRO

Crystallisaçoes da morte	1884
Cançoes d'abril	1884
Jesus de Nazareth	1885
Per umbram	1887
Horas tristes	1888
Oaristos	1890
Horas	1891
Sylva	1894
Interlunio	1894
Belkiss	1894
Tiresias	1895
Sagramor	1895
Salomé e outros poemas	1896
A Nereide de Harlem	1896
O Rey Galaor	1897
Saudades do céo	1899
Oaristos (segunda edición)	1900
Constança	1900
Depois da Ceifa	1901
Poesias escolhidas	1902
Ignez de Castro.	
O annel da Polycrates	
Novas poesias	

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Cierta vez, en el saloncillo de un primer actor, durante un entreacto, como el comediante pusiese algunos defectos (de época pasada de moda, de exaltación, de diferencias de gustos, etcétera) á las tragedias del autor de HAMLET, el dramaturgo Guimerá, que estaba presente, exclamó, rotundo:

—¡Shakespeare es Dios, señor!

Y salió del escenario, para no volver.

Yo que, actualmente, me enorgullezco, ya que no de otra cosa, de «saber admirar lo admirable», cuando, hace años, leí O REY GALAOR, contraje con mi conciencia artística el deber de rendir, tarde ó temprano, la pleitesía de mi admiración, de un modo fehaciente, á Eugenio de Castro, quien, después de Dios—quiero decir de Shakespeare—había logrado crear una obra trágica digna de colocarse, por la grandeza de su concepción, por la honda filosofía de sus imágenes, por la clarividente pintura de sus personajes, por la poesía—tierna, á veces, y á veces, exaltada—de sus parlamentos; digna de colocarse, vuelvo á escribir, al lado del KING LEAR del inmenso dramaturgo inglés.

Como un deber de amor al genio y de agradecimiento por las emociones sentidas leyendo O REY GALAOR, me he decidido á dar al público esta humilde traducción española en estos tristes tiempos, en los que una crítica mediocre, á más de prodigar el dictado de genial á todo el que escribe, ve impasible cómo algunos poetas se apropian las más hermosas concepciones de los más grandes escritores extranjeros, y de no pocos compatriotas de obscura fama, para darlas impunemente como originales á este pobre público español, falto de una crítica sincera y abnegada.

Eugenio de Castro nació el año 1869, en la ciudad de Coimbra; tiene, pues, solamente, cuarenta y cuatro años de edad, y es lógico esperar de la grandeza de su estro—que escribió libros como PER UMBRAM, OARISTOS, HORAS, SAGRAMOR, SALOME y, sobre todos, BELKISS—, esas producciones inmensas del otoño de toda vida genial—sin eufemismos—que inmortalizan la memoria del hombre en quien fueron engendradas.

No doy datos más extensos de Eugenio de Castro, porque ya el inquieto espíritu del caballero Don Miguel de Unamuno le consagró un admirable estudio (diario «La Nación», de Buenos Aires), por abril ó mayo de 1910.

En mi opinión, Eugenio de Castro es, de los poetas actuales de la raza latina, el único de nuestra Península que, con Guerra Junqueiro, puede colocar orgulloso su ejecutoria de poeta junto á las de D'Annunzio, Maeterlinck y Rubén Darío.

JUAN GONZALEZ OLMEDILLA

Madrid, 14 de enero de 1913.

EL REY GALAOR

A

LOUIS PILATE DE BRINN'GAUBAST,

EX CORDE,

E. DE C.

Si le nez de Cléopâtre eût été plus court, toute la face de la terre aurait changé.

PASCAL

DRAMATIS PERSONÆ

EL REY GALAOR.
LA REINA GUDULA, esposa de Galaor.
LA PRINCESA SIBYLA, hija de Galaor y de Gudula.
EL DESCONOCIDO.

NOTAS SOBRE LOS PERSONAJES

GALAOR.—Teniendo apenas sesenta años, aparenta tener más de ciento. Cabellera y barbas de nieve. Túnica y manto de terciopelo negro; al cinto, un puñal y una espada; corona de brillantes

GUDULA.—Cuarenta años. Belleza marchita, cabellos grisáceos. Túnica y manto de terciopelo color de violeta; corona de esmeraldas.

SIBYLA.—Diez y seis años. Alta y delgada, ojos azules, cabellos rubios. Túnica de armiño; corona de perlas.

EL DESCONOCIDO.—Veinte años. Blanco y rubio, ojos azules. Todo vestido de malla de seda negra; amplio jubón de llama de oro.

ESCENA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Grande y taciturno salón, recubierto de bellas tapicerías. Al fondo, una ventana sobre el mar. A la izquierda, una puerta. Crepúsculo.
Lúgubre y pensativo, los ojos cerrados, está sentado Galaor al pie de la ventana, en un sillón de alto espaldar.
Melancólicamente entra Gudula, con los ojos preñados de lágrimas.

GALAOR,

estremeciéndose al oir pasos:

¿ Quién es ?

Reconociendo á Gudula:

¡ Ah !, sí... Eres tú... ¿ Dejástela bien encerrada ?

GUDULA,

entregándole dos grandes llaves de plata:

¡ Pobre flor, encerrada, como los ladrones y las fieras !...

GALAOR,

recriminándola:

¡ Vamos, Gudula, entonces !... Quiero verte resignada... Siempre llorando, siempre llorando, atormentas mi pecho. ¿ Cuándo llegará, por fin, el día en que vea secas tus pupilas; cuándo, cuándo llegará ?

GUDULA

El día en que la libertes...

GALAOR

En ese caso, cuando me bese la Muerte fría y negra, no sabré distinguir, en el estertor de la agonía, si me lloras á mí, ó si lloras de júbilo por ella...

GUDULA

¡ Galaor, Galaor ! Si procuras hacerla dichosa, ¿ por qué la tienes cautiva en una torre ?

¡ Mi hija, ay de mí, está enterrada viva !

GALAOR

¡ No ! Yo nunca pensé en hacerla feliz,

como tampoco pensé nunca—¡ dulce alma llorosa !—en dar á las nubes pupilas y á las piedras lengua; teniéndola presa en una torre, procuro librarla de todo lo que le puede acontecer...

GUDULA

¡ Dios mío !

GALAOR

¿ Crees, acaso, que El, desde los cielos, te oye ? ¡ Ilusión infantil ! Pon los ojos en el mar. Las olas que en él ves no cesan de llorar, de suplicar misericordia, elevando sus clamores; jamás enmudecen, pero nosotros, á oirlas acostumbrados, sólo las oímos cuando á escucharlas nos disponemos. ¿ De qué nos sirven, pues, las trágicas lamentaciones de aflicción y de luto ? Nuestros profundos gemidos no impresionan más—por muy repetidos que ellos sean — al Dios omnipotente, indiferente verdugo, para quien somos ¡ como las olas son para nosotros !

GUDULA

¡ No ! ¡ No se desentiende Dios de las al-

mas atormentadas, y, así, con innumerables delicias, con lozanas palmas, premiará en la muerte las angustias de la vida!

GALAOR

¡ Pobre madre dolorida ! ¿ Supones, pues, que Dios nos hará justicia cuando llegue la muerte ? Acaso... puede ser... Mas, puede suceder también, que El nos vea igual que nosotros estamos viendo el mar, y que se olvide de aquellos que van descendiendo á la tumba, ¡ como me olvido yo, al morir el día amable y claro, de las ondas del mar que, allá lejos, se van quebrando en su llorar eterno !

GUDULA

¡ Blasfemas !

GALAOR

Si blasfemo, sólo Dios es culpable; El, que me hace ver en el mar convulsionado el símbolo de la vida; ¡ un símbolo tan pavoroso, que, despierto, me hiela, y en sueños, me apuñala !

Levantándose y aproximándose á la ventana:

Abre tus ojos, mira: allá, en un gran tropel, trepando por los escollos, las ondas,

como en un soberbio encuentro de titanes, corriendo, se atropellan ululantes; gimen, llenas de dolor; silban, revueltas; cámbianse entre sí besos y flores; blanden agudas espadas; ora, humilladas; ora, con nobles gestos; yérguense como reyes y arrástranse como mendigos; éstas, vestidas de odios, y aquéllas, de anhelos; unas, clavan puñales; otras, van derramando besos; no se detienen, corren constantemente, en luminosas hileras; amenazan, viriles; suplican, lastimosas; despéñanse en el abismo, elévanse hasta las bellas nubes; gimen, ríen, dan ayes, y al final, todas ellas, blasfemando, riendo, llorando, una por una, ¡van á morir allá lejos, en una playa de oro, deshechas en espumas!

Cada alma es una ola: yérguese altiva, quiere alcanzar el cielo esplendoroso y, vanidosa, conquistar en él un refulgente asilo...

Después, abatida, al ver que no puede lograrlo, cae y muere llorando en dolorida canción:

¡Cada alma es una onda; la vida, mar de llanto!...

Galaor siéntase en un sillón y Gudula en el suelo, sobre una almohada. Silencio.

GUDULA

¡ Martirio inaudito, crueldad sin par, tenerla así—¡ cándido lirio !—encerrada en una prisión obscura ! Cerrada—¡ pobre estrella !—bajo esas llaves... ¡ Señor, que pesan más que ella !...

GALAOR

¡ Creyérame un león quien te oyese ! Pero ¡ ah ! si no fuese tan efímera la ventura—traicionero claror que sólo un corto instante brilla—aún podría yo ver feliz á nuestra pobre hija.

¡ Cercenara mis pies porque ella tuviese alas, y de llamas me coronara yo, por ceñirle á ella una corona de flores ! ¡ La amo ! Quiero verla libre de la angustia que me apesadumbra. ¡ Porque la amo intensamente, la tengo prisionera !

Misteriosamente:

¡ La Desgracia, nocturna, recorre este palacio !...

GUDULA,

abrazando las rodillas de Galaor:

¡ Galaor, Galaor ! ¡ Déjala que salga de la torre !

GALAOR

¡ Nunca ! ¡ Jamás !

La Desgracia está durmiendo ahora; pero es muy ligero su sueño, bien poco dura; y si yo abriese ahora la negra puerta de la prisión, jubiloso y feliz, habría de latir tu noble corazón con tal alegría, que la Desgracia ¡ ay de nosotros ! al fin habría de despertarse.

GUDULA

Si así es, si despierta á los ruidos más leves, ¿ por qué razón no se yergue al són de mis plañidos, profundos como el mar por aquellos sitios en donde las sondas son ineficaces ? Galaor, ¿ por qué ?...

GALAOR

También el susurrar de las ondas invita dulcemente á dormir á los piratas...

GUDULA

¡ Ten compasión, duélete de mí ! Pero ¿ no ves cómo me vas matando ? ¡ Sé bueno ! Déjala salir... Siempre estaré á su

lado, vigilándola sin cesar con cuidado maternal, igualmente que un ángel trataría á un rosal enfermo...

GALAOR

No insistas... La flor que brota en el infértil peñascal, en paz vive y fallece; mas las plantas de estirpe, que sueñan en jardines reales, plenas de gracia, truncadas serán por refulgentes dedos... No insistas... Las despiadadas alas del Acaso no dejan de cernirse sobre nosotros, como flamígeras espadas...

GUDULA

¿ Y la voluntad de Dios ?

GALAOR

Desde las torres elevadas, nadie puede ver cómo rastrean las hormigas...

Después de un breve recogimiento:

¿ Quién no temerá lo que está para venir ? Solamente los locos... Aquel que no teme lo que está para llegar, es como un ciego sin bordón ni lazarillo, caminando por un puente arruinado...

Breve silencio.

Era en el mes de Mayo; una vez, iba yo hacia mi casa en mi bayo corcel, llevando, tras de mí, halconeros y pajes, cuando, al cruzar un bosque de laureles, viendo en la florida selva el nervioso alazán una hoja marchita revoloteando, llenóse de pavor y se lanzó conmigo en el abismo tenebroso...

Con abnegación grande y generosa, el noble Segismundo, mi paje fiel, fué á buscarme, casi muerto, abajo, en el fondo... Cerca de allí, alzábase tu altivo castillo... Lleváronme hacia allá... Tu bella mirada nunca se había cruzado con la mía... mas, al volver en mí, estabas—alba flor marfileña—al pie de mi lecho, y tus dedos de luz, posándose sobre mis sufrimientos, eran tan suaves, tan acariciadores, tan selenes, ¡ que Dios me hubiera hecho venturoso si me hubiese llagado todo el cuerpo !

Me enamoré de ti, encantado de la manera como entonces me trataste... Tú, que me amabas, decías: ¡ Oh, qué jornada de amor !... Después de algunos días, un obispo bendijo nuestra unión. En nuestro éxtasis amoroso, nos parecía que habíamos nacido solamente el uno para el otro, sólo para cambiarnos así dulces besos como penas, y que, al verte en la cuna, sonriendo

sin temores, el Señor había decretado que serías mi esposa...

Mas, meditando, fué una hoja seca quien nuestras almas ayuntó...

GUDULA,

interrumpiéndole:

Hoja por Dios mandada...

GALAOR

Por Dios... ó por el Azar, ¿quién sabe? Nadie... Sólo sé que todo aquello que nos acaece tiene tanta raíz y tantos frutos, ¡que ni un paso se da en esta vida luctuosa que no nos estremezca de horror, viendo las ejemplares amarguras que ese paso nos puede ocasionar en breve tiempo!

Silencio.

GUDULA

En tanto que para Sibyla las tristezas son las únicas alegrías, felices van cantando y riendo otras princesas, para las cuales la existencia es como una eterna alborada...

GALAOR

Felices, dices tú, mas alguna vez dejarán de serlo... Esas princesas se casarán, serán reinas, se llenarán de descendencia, ¡y mil cargas aflictivas roerán sus almas sin piedad!

Con creciente exaltación:

¡Ay, de quien se aventura á tener un hijo! Un padre y una madre pueden, juntos, ser cómplices de los más perversos crímenes... ¡Imagínate en qué dolor deben estar anegados la madre de un gran poeta ó el padre de un malvado!

Mas, ¡cómo es negro y confuso todo esto, cómo se enmaraña todo!

El bardo más amado, el más genial poeta, nunca hubiera sido tal poeta... ó sería un vate aún más alto, si determinada mujer — ¡oh, amargo misterio! — no pasase una vez cabe determinado hombre...

Hundiendo sus manos en la revuelta cabellera:

¡Ah!, Gudula, ¡cómo me consumen estos problemas!

GUDULA,

cariñosa:

Sosiégate...

GALAOR

¿Quién me habrá de dar un poco de calma? Mas, dime: ¿cómo puedo serenarme si llego, con el temor del mal que me amenaza lejano, á no sentir el dolor que ahora me despedaza?

¿Y lo que está para llegar?...

¡Nadie, nadie se mueva!

Dos hombres, abrasados por una misma sed de oro, penetraron cierta vez en una cueva: uno, encontró la muerte; el otro, halló un tesoro...

En una noche amenazadora, el temporal bravío fulminó un rayo sobre una infeliz pastora, que buscó su refugio—¡secretos de la Fatalidad!—bajo un haya que yo planté en mi infancia, ¡cuando estas manos eran puras como la misma inocencia!

Otra vez, dos jóvenes hermanas tropezaron en su senda dos hermanos; cada una de ellas eligió el suyo... Cantaba en sus mi-

radas la sana voluptuosidad... Mas, ¡ay!, de cada matrimonio, ¡nació un asesino!

Un santo naciese, tal vez, si otra hubiese sido la elección...

Cada canto estriba, quizá, en el modo de expresarlo.

Y, ¡oh, misterio inquietante! ¡Se cae una columna y aplasta á un peregrino!

Pausa.

¿Qué será lo que está próximo á suceder?

GUDULA

¡Adorada hija mía!

GALAOR

Bien sé que vive triste, pero no llena de amargura, y es triste como yo la quiero: la risa atrae la pena, que, tras la alegría, es como el esclavo tras su señor...

¡Lloremos sin cesar!

¡Ay, de los que riendo cruzan! Todo aquel que se ríe, es como un idiota sacudiendo un costal de oro en un pinar habitado por forajidos!

No tornes á insistir; tus lamentaciones,

tus suspiros y el eco dolorido de tu acento, ¡todo es en vano! Soy su padre... ¡No debo libertarla!

Ingenua, no tendrá deseos malos... y prisionera, nadie habrá de robarle su pureza angélica...

GUDULA,

con desusada vivacidad:

¡Loco pensar es el tuyo! Pues, ¿juzgas que el Destino es como una dócil mujer ó como un niño tímido, que se amedrenta al ver que alguien se opone á su paso? Puedes mandar reforzar con bronce, y con hierro y con acero la puerta de la prisión y hacerla guardar por dos sañudos leones de mirar coruscante. ¡La puerta se abrirá si Dios ordena que se abra! ¡No te castigue Dios! Si El quiere, Sibyla saldrá, hoy mismo, de esa helada cárcel...

GALAOR,

inquieto:

Pero, ¿cómo?

GUDULA

Muerta...

GALAOR

¡ Horror ! Tienes razón... tienes razón... tienes razón...

Cae en profundo abatimiento. Silencio.

GUDULA

¡ Galaor, Galaor ! ¿ En qué piensas ?

GALAOR

¡ En lo que está para llegar !

¡ Por qué tenebrosas florestas anda mi alma ! ¡ Siento nieve en mi cabello, y tras le mí, lobos famélicos !... ¡ Qué pesadilla ! A veces, muchas veces, conversando connigo mismo, pienso que este tormento es l castigo horrible de mi crimen exerable...

GUDULA

¿ Qué quieres decir ?

GALAOR

Poco antes de amarte, amé á otra mujer, e la que tuve un hijo... y en lugar de esangularle ó de tenerle junto á mí, y vivir ıra apartar sus inocentes pies de los abis-

mos traicioneros, le arrojé, sin compasión, por los despeñaderos, por las turbulencias brutales de esta vida cruel!

De él, ¿qué habrá sido?

GUDULA

Pero, ¿es que no sabes de él, entonces?

GALAOR

No. Apenas nacido, le coloqué en un escabel... Era al morir de la tarde... y al romper la alborada, ya no le encontré en el sitio en donde le escondiera... ¿Quién lo raptó? No sé... ¡Ojalá fuese una fiera!... Si yo lo procurase, tal vez le pudiera encontrar, porque antes de abandonarle le prendí al cuello un rubí en un anillo que atravesé en un collar...

Sin embargo, el miedo de verle desgraciado, pálido, sollozante, en medio de un inmenso infortunio, paralízame cuando en buscarlo pienso...

LA VOZ DE SIBYLA,

dulcemente amortiguada por la distancia:

Traíanme claveles
amarillos, blancos;

con ellos ornaba
mis cabellos largos.

¡ Qué alegres venían,
qué aroma tan blando !
Dijera reían,
ó estaban cantando.

No obstante, al clavarles
mi triste mirar,
pusiéronse tristes
y no rieron más...

¡ No sé qué infortunio
preso está en mi alma !
Ni por qué mis ojos
de tristezas hablan,

ó si son mis ojos
llorosas turquesas
que tras la alegría
miran las tristezas...

El canto desfallece con extrema dulzura.
Galaor y Gudula míranse llorando.

GALAOR

¿ Eres tú, dime, eres tú, quien le enseña
tas canciones ?

GUDULA

No, no soy... Esas canciones tan tristes, con un sonar de plata, le nacen en el alma como si fueran flores...

GALAOR

Cuando á la torre vas á verla, ¿de qué te habla? ¿Qué te pregunta ella?

GUDULA

Quiere saberlo todo...

GALAOR

¿Y tú?...

GUDULA

Recelosa, titubeante, obedézcote, y así... le miento á cada momento, anegada, muchas veces, en un infinito dolor...

GALAOR

¿Y ella?

GUDULA

Ella, no me cree...

GALAOR

¡ Oh, qué ! ¿ Que no te cree ?

GUDULA

No me cree, no... Por más que yo intente persuadirla de que en el mundo únicamente existen tres seres—ella, tú y yo—, no la puedo engañar...

GALAOR,

agitadísimo:

¡ Continúa, por Dios !... ¡ Habla, cuéntamelo todo !

GUDULA

Díceme ella que hay en la tierra otra persona más, un ser muy lindo, muy lindo, un hermoso doncel que tiene las manos de nieve, y que ha de venir á buscarla pronto, muy pronto...

GALAOR,

como enloquecido:

¡ Me partes el corazón y me incendias el cráneo !

¡ Horror, horror ! Vamos, vamos, confiésalo: fuiste tú, fuiste tú, ¡ madre desnaturalizada, quien su inmaculada alma emponzoñó hablándole del amor, que es guerra, y hambre, y peste !

¡ Ay, lo que hiciste; ay, lo que hiciste !

GUDULA,

con noble firmeza:

¡ Siempre te obedecí ! Si fuí yo, Galaor mío, quien lanzó en su alma el germen del amor, ¡ que Dios cubra mi cuerpo de llagas horrorosas !

Endulzando la voz:

Pero, ¿ no aprenden por sí solos los rosales á tener rosas ?...

GALAOR

¡ Todo perdido, todo !

GUDULA

Y ahora, ¿ qué causas te inclinan á conservar cautivo su cuerpo, si su alma liberta está volando, volando, en un cielo lumínico, donde busca el alma hermana ?

Galaor, déjala salir, y verás una sonrisa en mis labios descoloridos...

GALAOR

¡ Ahora sí que es preciso tenerla bien encerrada y bien lejos del mundo! La más honda cisterna no sería asaz profunda para ocultarla...

GUDULA

¡ Por Dios, por Dios ! ¡ Si alguien supiese cómo sufre Sibyla! Apenas amanece, deseosa de ver lo que aún no contempló—las praderas, el cielo azul y el mar bravío—, á un escabel se sube, por ver si, al fin, alcanza la ventana; sin embargo, ¡ su ardid es infructuoso! Aún no llega allá; pero Dios, haciendo crecer su cuerpo virginal, está diciendo que no escucha en vano las lamentaciones y las súplicas de ella...

GALAOR,

duramente:

¡ Es necesario ordenar tapiar esa ventana !

GUDULA,

arrastrándose con amarga sumisión:

¡ Y abrir, al mismo tiempo, la sepultura mía !

GALAOR,

agitándose desesperadamente:

¡ Ay, qué infortunio el mío, qué tortura implacable ! Sus ojos van á ver horrores y maravillas; ¡ cuerpos llenos de podredumbre, jardines pletóricos de flores ! Sus ojos infantiles—luminosas esmeraldas—van á ver los galeones surcando el mar, y viéndolos, darán en soñar con países lontanos, con ciudades de jaspe, con islas de oro y de diamantes y musicalinos océanos, en los que danzan las sirenas ! ¡ Sus ojos van á ver ! Van á ver las cosas feas que le dirán cuán hermosa es ella, y las cosas bellas—rosas, nubes, piedras preciosas, crepúsculos y estrellas—, ¡ que le harán comprender cómo es preferida y solicitada la belleza !

Sus ojos, al pasar la brisa perfumada, van á ver de los árboles las cópulas lascivas, ¡ que harán tremar de lujuria sus senos vírgenes !

¡ Sus ojos van á ver ! Van á ver... ¡ y se

abrirán las puertas de su alma—impoluta Ophir—, donde muy pronto entrarán en pavorosa falange, el deseo, la ambición, la desesperación y la muerte !

¡ No puede ser ! ¡ No puede ser !

Toma las dos llaves de plata, á escondidas de Gudula, y se dirige hacia la puerta.

GUDULA

¿ A dónde vas ?

GALAOR

¡ Quiero aire, quiero aire !... Las lágrimas y los ayes preñan mi corazón... Muero...

Sale.

GUDULA

¡ Destino cruel ! ¿ A dónde irá ?

Siéntase al pie de la ventana. Silencio prolongado.

LA VOZ DE SIBYLA

¡ Madre mía !

GUDULA,

sobresaltada:

Diríase que era su voz...

Pausa.

Engañéme... Acaso del mar fuese el plañido...

Pausa.

LA VOZ DE SIBYLA

¡ Madre mía, madre mía !

GUDULA

¡ Oh, Dios mío !

LA VOZ DE SIBYLA

¡ Madre mía !...

Gudula dirígese hacia la puerta apresuradamente, mas se detiene al ver entrar á Galaor, que oculta su enorme agitación.

LA VOZ DE SIBYLA

Picaron mis ojos,
en tanto dormía;
¡ soy ciega, mas veo
mejor que veía !

Y mi lindo novio
con sus manos bellas,
cruza por el cielo
recogiendo estrellas...

Ahora le estoy viendo
en lindos jardines,
con sus manos bellas
cortando jazmines...

Ya cruza mi novio
por los arenales,
con sus manos bellas
buscando corales.

¡ Ya llega mi novio,
que, loco de amores,
me ofrenda corales,
estrellas y flores !...

El día ó la noche,
en mí siempre es día...
Soy ciega, mas veo
mejor que veía...

GUDULA,

enternecida:

¡ Oh, qué linda canción ! ¡ Qué voz tan clara y pura ! ¡ Nunca la oí cantar tan bien, ni con dulzura tanta !

GALAOR,

trágicamente pálido, lleno de amargura:

¡ Los ruiseñores cantan mejor si alguien los ciega !

GUDULA,

pavorida ante el aspecto de Galaor:

¿ Qué tienes tú, Galaor ? ¿ Por qué tiemblas ? Cálmate... ¡ Qué mortal palidez cubre tu rostro !...

GALAOR

Con este puñal piqué sus ojos... ¡ La cegué !

Gudula cae desvanecida, en el suelo. Galaor se afinoja junto á ella, abrazándola y besándola...

LA VOZ DE SIBYLA

... Soy ciega, mas veo
mejor que veía...

ESCENA SEGUNDA

ESCENA SEGUNDA

Largo y tenebroso corredor abovedado. A la izquierda, la puerta de la prisión de Sibyla. A la derecha, una escalera. Al fondo, una puerta y una ventana enrejada, por la que entran los últimos resplandores del crepúsculo.
Pasos.

LA VOZ DE SIBYLA

¡Oh, qué pasos de oro
estoy escuchando;
ni la voz de un ángel
tiene un son tan blando!...

Oyéndoos, me caen
rosas en la frente;
pasos de mi novio,
venid diligentes...

Os dice mi canto
cuál es el camino;
venid más deprisa,
venid sin ruido...

EL DESCONOCIDO,

apareciendo en lo alto de la escalera y dirigiéndose, tacteando, hacia la puerta de la prisión:

La voz viene de aquí... si no viene de los cielos...

Deteniéndose:

De la estancia en donde me aguarda es, acaso, esta la puerta, negra y recia, capaz de resistir á un dios... Ni el vuelo de un insecto este silencio irrumpe... Nadie... Todo reposa...

Llamando dulcemente á la puerta:

Mi amor, ábreme, yo soy...

LA VOZ DE SIBYLA

¡Hasta que, por fin, llegaste, oh, mi lindo señor! Sintiéndote, me creo envuelta en dulce manto de nardos... ¡Dueño mío! ¿Por qué tanto tardaste?

EL DESCONOCIDO

¡Cuántos años ha ya que te buscaba en vano! Una noche, cuando yo—¡pobre huérfano sin una hermana!—pasaba la

vida maldiciendo la suerte, llorando sin tregua, deseando morir; una noche, soñando, oí tu voz, que, sobre mi corazón, todo llagado, puso con dedos de terciopelo un halo de perfumes, y que, entre las exhalaciones de balsámicas gomas, me llevó, en un bajel engalanado de jazmines, por archipiélagos de jardines frondosos, por dorados canales donde las mariposas parecían margaritas, rosas y violetas, que un bello arcángel, de ojos llenos de promesas, estuviese deshojando sobre nosotros...

Temiendo que esa voz de angelical dulzura, que esa voz aprilina, como un sueño se disipase, me estremecí de angustia al despertar...

¡ Pero no, no huyó de mí !

Despierto ya, la suave canción continuaba embargando mi alma que renacía y nunca, nunca más dejó—bella hada risueña—de dorarme, de platearme, de perfumarme las jornadas... ¡ Ah, cuántas promesas, lejos de mí, me hacías ! Palpitando de amor, en desenfrenada peregrinación, guiado por la voz aquella, me consagré á buscar la boca; bajo la nieve, bajo la lluvia, bajo el sol, visité mil regiones; como los profetas, me alimenté de raíces; muchas veces, en alta mar, me vi prisionero de la muerte;

atacáronme los leones y la sed en el desierto... Hasta que hoy, hace un instante, al cruzar la selva umbrosa que circunda este aterrador palacio, oyendo tu voz, vi que, por fin, llegaba—¡ oh, clavel de oro, oh, rosa áurea !—á tu jardín.

¡ Abre, abre, por Dios !

LA VOZ DE SIBYLA

¡ Pobre de mí, cuitada ! Desde niña, aquí vivo presa, lejos de la luz y del aire... Dos llaves de plata, sujetas al cinturón de mi padre que sólo á mi madre las entrega de vez en vez, dos llaves crueles unen con lenguas de acero esta ferrada puerta á los muros de granito...

EL DESCONOCIDO,

accionando, lleno de indignación:

Mas, ¿ qué no hará tu padre, lobo ó chacal maldecido, si así aprisiona á su propia hija ?

¡ Que surjan mil culebras en las veredas que pisa, que sea veneno el aire que le penetra en los pulmones !

LA VOZ DE SIBYLA,

suplicante:

¡ Por piedad, señor! ¡ No le maldigas más! El rey, mi padre, es mi amigo, y es su amor el que aquí me tiene... Me prende, por el terror de lo que está para llegar... De los peligros alucinantes que, constantemente, preséntanse ante los pies de los peregrinos...

Esta noche, al saber que mi frente pura estaba próxima á alcanzar la única ventana de esta torre, al saber que, por fin, mis pupilas iban pronto á contemplar los árboles, los cielos, las estrellas, el sol, los alegres naranjales, las florestas y el mar, todo lo que yo sólo en sueños tenía visto hasta hoy, mi pobre padre, que se ahogara en hiel sólo por evitarme un ¡ ay !—creyendo que la vista es un mal que abrasa y enloquece—, él, cuya voz tiembla al pronunciar mi nombre, vino aquí, cuando yo estaba durmiendo... ¡ y cegóme!...

EL DESCONOCIDO,

dolorido y amenazante:

¡ Pantera enloquecida! ¡ León furibundo, león sin alma! ¡ Ni la misma voz dulcísima

de tu hija aplaca el odio de que mi pecho ansioso se nutre contra ti! ¡No, no huirás de mí, pantera enfurecida, buitre! ¡León, he de desgarrarte con mis dientes y con mis uñas; rey, he de aplastarte con el áureo cetro á que te aferras; te clavaré más puñales que castillos posees; cercenaré tus manos, incendiaré tus cabellos; he de abrirte en el pecho veinte fontanas sangrientas; he de colgarte de los pies, y, por último, viéndote exangüe, antes de entregarte á las carniceras aves de rapiña, te arrancaré, sin compasión, el corazón... y las llaves!

LA VOZ DE SIBYLA,

con lacrimante vivacidad:

¡Oh, no... no digas más! ¡Yo no podré aborrecer á quien, por quererme mucho, mucho me hace penar! ¡No lo mates, por Dios!... Es un anciano decrépito, ¡y me tiene tanto amor! Siempre que á verme llégase aquí, humecede mis manos con las lágrimas que derrama...

EL DESCONOCIDO,

siempre colérico y amenazador:

Tu voz me dice que eres linda como el

alba: ¡ que él sea desgraciado, como tú eres hermosa !

LA VOZ DE SIBYLA

Amor, no digas tal... Me haces desdichada odiando así á mi padre, que me ama tiernamente. Oye: habla con él, abórdalo con dulzura, dile qué intenso amor ayunta nuestras almas, pídele humildemente, con voz tierna y amiga, que nos deje partir, que nos deje ir «soliños», alegremente, como un par de «cordeiriños», por una campiña en flor... (1). Y él, que es clemente y bondadoso, sin poder resistirse á tu elocuente súplica, ¡ te acogerá, por último, en un paternal abrazo !

Ve, mi lindo señor... pero no le hagas mal...

El Desconocido se dirige hacia la puerta del fondo.
Relámpagos y truenos.

---

(1) El traductor, respetando la belleza y la ternura de las palabras portuguesas *sósinhos* y *cordeirinhos*, no ha creído procedente traducirlas, por entender que, vertidas al castellano, le restarían frescor infantil y dulcedumbre al persuasivo parlamento de Sibyla.—*N. del T.*

ESCENA TERCERA

ESCENA TERCERA

El salón de la escena primera, escasamente alumbrado por un blandón. Noche de temporal. Relámpagos, truenos.

Galaor duerme en un sillón, al pie de la ventana, abierta de par en par. Gudula duerme también, tendida en el suelo. A los pies de Galaor brillan las dos llaves de plata de la prisión de Sibyla.

EL DESCONOCIDO,

penetrando, paso á paso, y deteniéndose al ver á Galaor:

¡Helo ahí! Está durmiendo... Así no mancharé mis puras manos en la sangre de este rey, ¡rey loco que cegó, sin morir de amargura, á su propia hija!

¿Qué es lo que fulgura allí? Las llaves, quizás... ¡No me engaño, son ellas!

Toma las llaves.

GALAOR,

soñando en voz alta:

¡Atrancad las puertas! ¡Cerrad todas

las ventanas! ¡Ya viene él! ¡Ya viene!... ¡Vi su sombra en el lago!

EL DESCONOCIDO,

contemplando á Galaor:

Sueña... ¿Qué soñará?... ¡Qué vago sufrimiento tiene retratado en el rostro!

GALAOR,

continuando su sueño:

¡El ya viene!... ¡Y espía todo cuanto hago aquí!

EL DESCONOCIDO

¡Diríase que—nuevo Jesucristo—está padeciendo el dolor de toda la Humanidad! Toda arrugada, la piel le moldea la calavera; tiene en el pecho, ululando, dos tigres combatientes; estréchanle, sin conmiseración, serpientes invisibles, y gime... ¡Dios mío, hasta durmiendo llora!

GALAOR,

estremeciéndose y soñando siempre en alta voz:

¡Ya viene! ¡Me mira y desátase en risas!

EL DESCONOCIDO

¡ Pobre rey, pobre rey ! ¡ Cuánto debes sufrir !

Inclinándose á contemplar á la reina:

Ella es la reina... Dulce y pálida mujer, las raíces en tu pecho sin esfuerzo han de entrar ¡ por las heridas que los puñales del dolor te han abierto !

Sale.
La tempestad tórnase cada vez más violenta. Los truenos sucédense sin intervalos.

GALAOR,

yérguese en estado de sonambulismo y camina á tientas, blandiendo la espada.

¡ Ya viene él, ya viene él, ya viene él !

Golpea contra la pared y despierta. Mirando en torno:

¿ En dónde estoy ? ¡ Ah !, sí... Fué un sueño... ¡ asaz perfecto ! Sí... fué un sueño... fué... Mas, ¡ qué sueño y qué vivir ! ¡ Ah ! ¡ No puedo más ! ¡ Mi alma dolorida es una llaga sangrando bajo un guante de hierro !

Aproximándose á la ventana:

¡ Oh, soturnos truenos, así debéis clamar en mis funerales !

Llevándose las manos al cuello:

¡ No ! ¡ No puedo más ! Me aprieta la garganta una cadena de quejas, derrúmbanse ciudades, corren fieras por esta cabeza, ¡ y los espectros que veo allá lejos, en una selva obscura, me amenazan desde allí con su coruscante mirar ! ¡ No puedo más, no puedo más !

¡ Voy á incendiar este palacio !

Será una aurora de brasas, ¡ y las llamas han de darme un rutilar de alas, con las cuales huiré de esta cisterna de dolores ! La noche se cuajará de fulgores dorados, el mar brillará como bajo el sol, ¡ y hasta la alondra ha de cantar, cantar, creyendo que nace el día !

¡ Presintiendo la hoguera, se inunda de júbilo mi pecho !

¡ Voy á ser libre de Gudula, de Sibyla... y de mí ! De este inmenso palacio y de aquella floresta.

Mañana, cuando se extinga la luz blanca y mortecina, al surgir el sol, ¡ sólo quedarán cenizas, y quien por aquí cruce, no distinguirá, no, los restos de un monarca de las cenizas de un pinar !

GUDULA,

incorporándose:

¡ Despierto, al fin !

A Galaor:

Soñé que estabas prisionero en una cárcel lóbrega...

Amargamente:

¡ Triste existencia la mía ! ¡ Hasta el sueño me flagela y apesadumbra !

GALAOR,

atrayendo á Gudula hacia sí y sentándose:

¡ Bésame, dulce amor ! ¡ Qué imbécil he sido ! Teniendo tan cerca de mí el querido bálsamo de tus labios, hermanos de las rosas de septiembre — ¡ pobres labios amantes !—, nunca de ellos me acuerdo... ¡ Culpa es de la cruel y constante pesadilla que me envejece el rostro y me platea el cabello !

GUDULA

Por la noche, Galaor, apenas te duer-

mes, después de elevar mis preces á Dios, voy á besarte en la frente...

GALAOR

¡ Ah ! Comprendo ahora... Muchas veces, soñando, huía de repente la turba aterradora que acuchillaba hostil el pecho mío; azuleaba el cielo, y dos manos de luna, lúcidas, transparentes, me coronaban de gayas flores odorantes; manos más dulces que la miel y brillantes igual que metales preciosos...

Con enternecimiento:

Eras tú, mi suave amor, que me besabas... Bésame...

GUDULA,

aterrada, huyendo de Galaor:

¡ Oh, qué tienes ! ¡ Tus ojos es imposible mirarlos sin estremecerse de terror ! ¿ Qué aconteció mientras que yo dormía ?

Esquivando á Galaor:

¡ Oh ! ¡ Déjame, señor ! ¡ Tengo miedo de ti ! ¡ Tengo miedo de ti !

GALAOR,

con ternura:

Entonces... ¡ ven tú á besarme !...

GUDULA,

loca de terror:

¿ Qué hiciste tú ? ¡ Matástela !

GALAOR

¡ Voy á prender fuego al palacio ! ¡ Estamos solos ! Previamente, arrojé todos los servidores, que, ¡ sabe Dios por dónde caminarán á estas horas !...

GUDULA,

trémula, con los ojos saltándosele de las órbitas, retrocediendo, apoyándose en una pared y torciendo las manos en una crispación dolorosa:

¡ Horror !

GALAOR,

irónicamente:

¡ Qué sólidas cadenas te atan á la existencia !

GUDULA,

sollozando:

¡ Oh, qué horror !

GALAOR

Si es que temes la agonía, sosiégate: las llamas, avivadas por el viento, nos envolverán en un instante y moriremos sin dolor...

GUDULA

¡ Qué desventura tan enorme !

GALAOR

No puedo sufrir más esta horrible tortura, ¡ y apenas si veo en la muerte un asilo donde refugiarme !

GUDULA

¡ Por piedad !

GALAOR

Cuando la media noche sea por filo, iré á buscar á Sibyla, y abrazados los tres, moriremos aquí...

GUDULA

¡Oh, mi Dios! ¿No ves mi angustia?

Caen pesadamente doce campanadas.

GALAOR

¡La media noche!... Voy á buscarla... Las llaves, ¿dónde están? ¿Dónde las pusiste? Habla. ¿Dónde están las llaves?

GUDULA

No sé... Ha poco te las entregué...

GALAOR,

exaltadísimo y corriendo hacia la puerta:

Mas, ¿cómo fué esto?... Enloquezco... Estoy loco...

Sale.

GUDULA,

acercándose á la ventana:

¡Ni un astro siquiera refulge en el cielo luctuoso!

Silencio.

GALAOR,

volviendo, completamente desfigurado, atropellándose y rugiendo:

¡ Ha huído antes ! ¡ Huyó !

Gudula y Galaor salen, corriendo y gritando.

LA VOZ DE GUDULA

¡ Sibyla !

LA VOZ DE GALAOR

¡ Hija mía !

ESCENA CUARTA

ESCENA CUARTA

La floresta del palacio de Galaor. La tempestad comienza á amainar.

Por la derecha entran Sibyla y El Desconocido, que van huyendo. Amparada por El Desconocido, Sibyla camina con extremada dificultad.

EL DESCONOCIDO

Más deprisa, bien mío...

SIBYLA

Mis pies, «cuitadiños», no saben caminar...

Deteniéndose y aspirando grandes inhalaciones de aire, voluptuosamente:

¡ Qué dulzura de armiños tiene el aire esta noche !... ¡ Y qué grato es aspirar la brisa ! ¡ Siento flores, qué perfume !

Pasando amorosamente sus dedos por el rostro del Desconocido:

¡ Y tú, cuán bello eres ! ¡ Bésame !

EL DESCONOCIDO,

besándola con ternura:

¡ Amor mío !

SIBYLA

Son rosas, las caricias de tu boca...

EL DESCONOCIDO,

desfalleciendo de pasión:

¡ Amor !

Pónense en camino.

SIBYLA

¡ Qué suaves delicias siento al respirar el aire libre... qué dulzura !

EL DESCONOCIDO

¡ No hay tiempo que perder ! Acaso ya en tu búsqueda anda tu padre... Más deprisa, mi bien...

SIBYLA

Duélenme los pies...

LA VOZ DE GUDULA,

lejana:

¡ Sibyla !...

SIBYLA

¡ La voz de mi madre !

EL DESCONOCIDO,

impeliendo blandamente á Sibyla:

Bien te advertía yo... Te andan buscando... Más deprisa...

LA VOZ DE GUDULA

¡ Sibyla !

EL DESCONOCIDO

La voz viene aproximándose... Caminemos deprisa, á ver si, al fin, llegamos al lugar en que dejé mi alazán...

Una púa de un zarzal florido préndese á los cabellos de Sibyla.

SIBYLA

Las ramas préndenme del cabello...

Sintiendo lás manos del Desconocido, que le suelta las guedejas:

¡ Oh, qué dulce claridad de luna !

EL DESCONOCIDO

No hay claro de luna...

SIBYLA

¿No hay luna? Entonces eran tus dedos...

GUDULA,

que entra corriendo:

¡Hija mía, por piedad! ¡Vamos, ten caridad de esta suplicante mujer que te llevó en su seno!

Al Desconocido:

¡Señor! Lindo señor, el del dulce mirar, demuestra también que posees un alma dulce y pura. ¡Oh, no me la arrebates, no!... Pues, ¿no ves qué amargura es ver huir así á la única hija? ¡Oh, no me la lleves, no!

SIBYLA,

besando las manos de Gudula:

Déjame ir... Déjame ir... Nunca te olvidaré...

El Desconocido toma á Sibyla en brazos, prendida á su cuello, y huye

con ella. Gudula corre detrás de los fugitivos.
Largo silencio.

LA VOZ DE GUDULA,

lejana:

¡ Sibyla !

LA VOZ DE SIBYLA,

muy lejana:

¡ Adiós ! ¡ Adiós !

Silencio.

GUDULA,

torna, llorando copiosamente:

¿ Qué más puede sufrir un corazón, Dios mío ?

GALAOR,

entra corriendo, descompuesto y desgreñado:

¿ Y qué ?

GUDULA

¡ Huyó !

GALAOR

¿ Huyó ?

GUDULA

Aunque aquí la encontré, en vano gemí, y supliqué en balde; ¡ todo, todo fué en vano !

¡ Llevóla un lindo mozo, tan lindo como ella !

Yo, al verlos huyendo, tras ellos corrí, entre ayes y gemidos; llorando, les prendí fuertemente por las vestiduras; empero, el galán que la raptaba, y que amorosamente la besaba en los labios, al verse retenido, se desprendió de mí con tan brusca sacudida, ¡ que me dejó entre las manos este anillo, con un rubí !

Entrega el anillo á Galaor:

¡ Fuéronse ! Y la obscuridad no deja ver sus huellas... ¡ Oh ! ¿ Qué ha de ser de nosotros, Dios mío ?...

GALAOR,

examinando la sortija, tambaleándose y cayendo muerto:

¡ Era mi hijo !...

ACTA EST FABULA

Coimbra, 3 de septiembre de 1896.

REMEMBER

SE CONCLUYO LA VERSION ESPAÑOLA DE ESTE POEMA EN LA MAÑANA DE LA PASCUA DE REYES; MAÑANA FRIA Y NUBLADA, DE INVIERNO; MAÑANA, TAMBIEN, DE PRIMAVERA EN LOS CORAZONES DE LOS NIÑOS; MAÑANA AMABLE, EN LA QUE SE HACE REALIDAD LA PRIMERA ILUSION.

MAÑANA REGIA, COMO A LA GRANDEZA DE ESTE POEMA CORRESPONDE.

EN MADRID, Y EN EL AÑO DE MCMXIII.

J. G. O.

TRADUCCIÓN ESPAÑOLA

DE

JUAN GONZÁLEZ OLMEDILLA

UNA PESETA